LA FORMACIÓN HUMANISTA COMO FACTOR CLAVE DEL DESARROLLO HUMANO

LILIANA B. IRIZAR

"Jean Giono escribió hace tiempo un magnífico relato sobre un curioso personaje que conoció en 1913 en un abandonado y desértico rincón de la Provenza. Se trataba de un pastor de 55 años llamado Elzéard Bouffier. Vivía en un lugar donde toda la tierra aparecía estéril y reseca. A su alrededor se extendía un paraje desolado donde vivían algunas familias bajo un riguroso clima, en medio de la pobreza y de los conflictos provocados por el continuo deseo de escapar de allí. Aquel hombre se había propuesto regenerar aquella tierra yerma. Y quería hacerlo por un sistema sencillo y a la vez sorprendente: plantar árboles, todos los que pudiera (...) En 1935, las lomas estaban cubiertas con árboles de más de siete metros de altura. Cuando aquel hombre falleció, en 1947, había vivido 89 años y realmente esos parajes habían cambiado mucho. Todo era distinto, incluso el aire. En vez de los vientos secos y ásperos, soplaba una suave brisa cargada de aromas del bosque. Se habían restaurado las casas. Había matrimonios jóvenes. Aquel lugar se había convertido en un sitio donde era agradable vivir (...) 'Cuando pienso –concluía el escritor francés– que un hombre solo, armado únicamente con sus recursos físicos y espirituales, fue capaz de hacer brotar esta tierra de Canaán en el desierto, me convenzo de que, a pesar de todo, la humanidad es admirable; y cuando valoro la inagotable grandeza de espíritu y la benevolente tenacidad que implicó obtener este resultado, me lleno de inmenso respeto hacia ese campesino viejo e iletrado, que fue capaz de realizar un trabajo digno de Dios'". https://www.youtube.-com/watch?v=w8jJz6L-Qt8 [1]

Un trabajo digno de Dios... ese el trabajo que está llamado a realizar un auténtico formador. Una tarea ingente, sublime, que supera infinitamente las fuerzas y los medios humanos. Y, sin embargo, Dios nos confía a muchos hombres y mujeres esta misión.
Además, el cuento de Jean Giono sirve para ilustrar magníficamente el tema de este escrito: el vínculo entre formación humana y desarrollo humano. Dicho con más claridad, formación humana para lograr el desarrollo humano, es decir, el de los seres humanos que habitan este mundo, el desarrollo de su humanidad y de la humanidad.

De manera que dividiré mi exposición en dos secciones. En la primera sección hablaré de la formación y de sus implicaciones y alcances. En la segunda, me ocuparé del desarrollo. Advirtiendo sobre la necesidad de que éste quede anclado en una concepción y una praxis

1 Aguiló, A., El carácter; https://www.hacerfamilia.com/blogs/optimismo-trabajo-paciencia-buen-humor-valores-20161128132331.html. (Consultado el 29-09-23).

ético-antropológica de corte humanista. Lo que dará como resultado un verdadero desarrollo humano, tal vez no tan medible a través de parámetros cuantitativos y técnicos, pero sí perfectamente delineado de acuerdo con parámetros cualitativos y éticos.

¿Qué entendemos por formación? ¿Por dónde empezar?

Formar es un arte por el que se da forma o se configura la inteligencia mediante la verdad y se modela la afectividad de acuerdo con el bien. En pocas palabras, se trata del arte de aprender a vivir, del buen vivir, por cierto. Y el arte, aunque necesita de maestros que enseñen, sin embargo, que el arte arraigue en el aprendiz, depende no tanto de la enseñanza, como del aprendizaje. Si esto es regla para todo arte, lo es con más razón para el arte de vivir.

De acuerdo con esta definición, queda claro que es posible, e incluso necesaria, la autoeducación; tarea, por otra parte, imprescindible en quien pretende orientar y acompañar a otros en este arduo, pero también fascinante, aprendizaje.

Desintoxicar la mente

El fenómeno de las incontables falacias hoy en boga, así como de las ideologías que con mayor o menor sutileza las respaldan, encuentran un terreno propicio, es decir, perfectamente abonado por la falta de formación intelectual y la actitud irreflexiva imperante. Para el humanismo clásico, la sabiduría representa la cumbre del desarrollo intelectual que todo ser humano puede alcanzar y a la que debería aspirar. Sin ánimo de ser pesimistas, hay que reconocer que esa meta resulta ya no difícil, como efectivamente lo es, sino inalcanzable para quien haya perdido la sensatez o buen juicio. Porque como advierte Daniel Innerarity:

"Vivimos en medio de lo que podría llamarse una desregulación del mercado cognitivo, que ya no está, afortunadamente, moderado por la censura, el paternalismo más o menos benevolente y los controles informativos. Este mercado desregulado favorece la credulidad porque no plantea ningún límite a los mecanismos más intuitivos de nuestro espíritu: estereotipos, sesgos, agitación adictiva, atención dispersa, automatismos mentales… Cuando hay una saturación de información que nos distrae y obliga a decidir rápidamente, es más fácil aceptar las ideas falsas, pero también que nos rindamos a nuestra espontaneidad mental como si fuera algo indiscutible." [2]

Dicho con términos muy castizos, "rendirnos a nuestra espontaneidad mental" equivale a aceptar como verdadero o válido todo lo que se nos pasa por la cabeza incluidos los desatinos más inverosímiles. Creo que desafortunadamente cada uno de nosotros sería capaz de ilustrar esta afirmación con abundantes ejemplos.

---

2. Innerarity, D. La sociedad del desconocimiento; Galaxia Gutenberg. Edición de Kindle, 2021, p. 7.

Pues bien, también coincidimos con Innerarity en que:

"La inteligencia de una persona, de una institución o de una sociedad en su conjunto no se mide tanto por su grado de inteligencia, sino por la relación entre esta inteligencia y el tipo de problemas que tiene que resolver." [3]

Para que esa relación entre la inteligencia (práctica) y la realidad inmediata "funcione" bien de manera que sus decisiones sean acertadas, se requiere un hábito antropológico cognitivo al que los clásicos llamaron phrónesis o prudencia. Y a lo que MacIntyre denomina llegar a ser un buen razonador práctico independiente.[4] Bajo estas premisas es que podemos valorar el grado de inteligencia de una persona. ¿Por qué? Simplemente porque, porque, como enseña Aristóteles, su inteligencia prudente es la que lo capacitará para pensar -y decidir- bien, ya no sobre tal o cual tema o disciplina, sino sobre lo esencial: su propia vida.[5]

Así, un buen razonador práctico independiente, es alguien que tiene criterio,[6] esto es, posee aptitudes que le permiten dar razón y respaldar sus propias decisiones, así como analizar y evaluar las razones o motivos para actuar de los demás. Es lo que también debe entenderse por una persona culta, a saber, aquella "que ha aprendido a ejercitar su propio juicio, hasta alcanzar una perspectiva personal acerca de las cosas." [7]

Este aprendizaje solo puede prosperar si va acompañado de una pedagogía de la libertad entendida no como pura espontaneidad, sino como liberación de sí mismo, libertad o madurez emocional.

Aprender el camino de la libertad

El aprendizaje virtuoso supuesto en todo proceso formativo humanista arroja como resultado un sujeto cuyo equilibrio emocional garantiza la imparcialidad, unidad y firmeza de criterio a la hora de evaluar las propias acciones y de emitir juicios prácticos efectivos. Por virtud, logramos que, en el momento de tomar una decisión, tomemos distancia de la parcialidad que viene sugerida por los prejuicios, las preferencias y gustos propios. Juzgamos las cosas y personas de modo más objetivo porque el juicio resulta menos inducido por algún interés egoísta.

La virtud, anota MacIntyre, produce ese efecto hondamente liberador que implica el ser apto para tomar distancia de los propios deseos y juzgarlos como lo haría un observador externo. No se trata, por tanto, de erradicar de la propia vida los deseos y emociones, sino de integrarlos en una vida lograda o vida buena . [8]

---

3 Innerarity, D. Ibidem, p. 10.

4 Cf. A. Macintyre, Animales racionales y dependientes. Porqué los seres humanos necesitamos las virtudes; Tr. B. Martínez de Murguía, Barcelona, Paidós, 1999, p. 126.

5 Cf. Aristóteles (1993). Ética Nicomáquea; tr. J. Palli Bonet, Madrid, Gredos, 1993.

6 Del griego kriterion: "norma para dividir o separar", es decir, para juzgar y discernir. Cfr. RAE https://dle.rae.es/criterio.

7 González González, A.M., El deseo de saber. Formación intelectual y cultura emocional; Ediciones Rialp, 2022, Edición Kindle, pp. 8-9.

8 Cf. R. Spaemann, Ética política y cristianismo; tr. J. M. Barrio y R. Barrio, Madrid, Ediciones Palabra 2007, p. 142.

En esta tarea de superación de lo meramente instintivo –que tan frecuentemente distorsiona la autocomprensión de mí mismo y de lo que representa un auténtico bien para mí- necesitamos "a los demás de varias maneras". Ante todo, para conocerse a uno mismo más cabal y objetivamente, pero también para conseguir una percepción de la realidad en general más amplia, más exacta, es decir, enriquecida por diferentes criterios y enfoques. Como señala Ana Marta González:

"La formación, en sentido amplio, puede describirse como el proceso por el cual el hombre sale de su encerramiento típicamente animal, del ámbito de las meras afecciones individuales, y se abre al mundo, a conceptos y valores compartidos, creadores de comunidad, a cuya luz puede desarrollar una personalidad moral diferenciada y adquirir el juicio necesario para orientarse en un mundo, por lo demás complejo."[9]

Por eso es tan importante que la formación de una persona tenga lugar en el contexto de comunidades pequeñas –de modo especial, la familia, el colegio, y la universidad- en las que la calidad humana de sus componentes sea atractiva y presente como algo viable la adquisición de hábitos intelectuales y éticos. Es en esas comunidades cercanas y que sentimos "nuestras" donde se aprende a crecer en la auténtica libertad. Es allí donde debemos encontrar los recursos espirituales a partir de los cuales nos sea dado alcanzar un ethos (modo de ser) personal y social propio. "El ethos es la síntesis de bienes, virtudes y normas que se entrelazan para configurar un 'estilo de vida', una cultura, un modo panorámico de percibir el entorno social y el mundo físico."[10]

Apuntando al desarrollo humano

Y en un contexto tal como el que acabamos de exponer, abogamos por el "desarrollo humano" ... Ahora bien, ¿es lógico y coherente que desconociendo o ignorando, más o menos deliberadamente, qué es el ser humano, pretendamos trabajar por el desarrollo humano? De hecho, hay demasiadas evidencias de las consecuencias nefastas a la que tal "desconocimiento" nos está arrastrando. La sabiduría de los clásicos ha explicado con deslumbrante sensatez cuál es la raíz profunda de tales desaciertos: "no se atribuye a una cosa nada que sea incompatible con su naturaleza, sino porque se ignora su naturaleza…".[11]

Este desconocimiento de su propia grandeza por parte del ser humano explica experiencias sorprendentes como la de poder convertirse en un "transespecie" o en un "cyborg". Las personas que supuestamente lo han conseguido dicen identificarse con alguna especie en

9 González González, A.M., El deseo de saber cit., p. 7.
10 LLANO, A., Humanismo cívico y formación ciudadana; publicado en La educación cívica hoy. Una aproximación interdisciplinar, Concepción Naval y Javier Laspalas (Eds.), Pamplona, EUNSA, p. 100.
11 Aquino, Tomás, Suma contra los gentiles; tr. dirigida y revisada por J.M. Pla Castellano, O.P., Madrid, BAC,1952, II, cap. 3.

particular, como cebra, perro, o cualquier otra, más que con la propia especie humana.[12] Esto sin olvidar las corrientes bioéticas que denuncian el "especismo" proponiendo en su lugar una ampliación de la comunidad ética conformada no sólo por animales humanos, sino también por los animales no humanos. En este sentido, resulta emblemática la posición de Peter Singer para quien, no solo debe extenderse a los animales superiores el estatuto de "personas", junto con los derechos que eso implica, sino que legitima la práctica del aborto, la eugenesia o la eutanasia sobre seres humanos categorizados como no personas en virtud de algún tipo de limitación biológica o psíquica. [13]

Sin duda, para que podamos alcanzar un auténtico desarrollo humano, es preciso tener claridad acerca de la esencia de lo humano. El ser humano es, sí, un animal, pero racional, dotado de un alma espiritual. Y el espíritu humano se alimenta y vive de lo esencial: la verdad, el bien, la belleza… Se percibe, entonces, por qué están llamados a fracasar, por su vaciedad, experimentos como el mencionado, y muchos de los métodos y de los proyectos educativos que se proponen ofrecer solución a los graves problemas humanos actuales. Y fracasan literalmente en el intento de contribuir a la superación y al progreso de la humanidad.

La nulidad de esos experimentos radica, precisamente, en que están desprovistos de una concepción sapiencial acerca de quién es el hombre, en qué consiste su desarrollo como ser humano y qué necesita para lograrlo. Porque como subraya Ana Marta González:

"A diferencia de lo que ocurre con la ciencia, el rendimiento social de la sabiduría no es evidente a primera vista, porque no se traduce en innovaciones tecnológicas, de las que se sigan mejoras materiales; y, sin embargo, la presencia de hombres y mujeres más sabios transforma desde dentro una sociedad, porque ayuda a jerarquizar mejor las prioridades y orientar mejor los esfuerzos." [14]

Y es que, como ha advertido Alejandro Llano, "El núcleo de toda cultura es ético y estético; es un ethos que se hace operativo a través de una paideia, es decir, de una formación de la sensibilidad y del carácter que se decanta en un modo de percibir." [15]

De ahí que, la formación humanista que aquí se propone exija la presencia de auténticos maestros que posean cierta experiencia en el ejercicio del pensar meditativo. Personas que gracias a su entrenamiento en la reflexión sapiencial, formen a los demás desde esa visión sabia, culta, esto es, integral y profunda del ser humano y de la vida humana. Maestros que

12 Puede servir para ilustrar el tema, el célebre caso de Manel Aguas, artista catalán que se ha hecho insertar unas aletas para desarrollar capacidades sensitivas propias de otras especies. https://www.youtube.com/watch?v=8MX8Nlh8-Bk

13 Ver, por ejemplo, Singer, P., Liberación animal; Madrid, Ed. Taurus, 2018.

14 González González, A.M.; El deseo de saber cit., p. 22.

15 LLANO, A, La nueva sensibilidad; Madrid, Espasa-Calpe, 1989, p. 57.

transmitan la verdad y el bien más por irradiación que por su experticia en determinadas materias. No sin razón, en un espectro cultural como el nuestro, dominado por la técnica y por una visión pragmática del conocimiento, el nombre de "maestro" ha sido sustituido por el de "experto". [16] Con todo, un maestro es también un experto, "experto en el arte de vivir".

De modo que, interesarse genuina y eficazmente por el desarrollo humano significa estar dispuesto a comprender quién es el ser humano, no desde posiciones sesgadas, deudoras del utilitarismo pragmático y materialista. Se trata de acudir a concepciones más completas, más integrales del hombre y de la mujer. En esto, como en tantos temas, los clásicos tienen mucho que enseñarnos. Hecho esto, puedo asegurar que las propuestas a favor del desarrollo humano irán limando sus aristas de perplejidad e ineficiencia que tanto retardan ese el desarrollo al que cada ser humano que habita este mundo tiene derecho y que, quién lo duda, irresistiblemente anhela.

16 González González, A.M., El deseo de saber cit., pp. 19-20.